

Coloquio Internacional José Martí, un hombre de todos los tiempos

Centro de Estudios Martianos

La Habana

10 al 12 de mayo de 2023

José Martí: pensamiento descolonizador y cultura de paz

Dra. C. Marlene Vázquez Pérez

Directora

Centro de Estudios Martianos

En las complejidades del mundo contemporáneo, donde la guerra cultural, antigua como la propia Humanidad, ha adquirido tintes nunca antes vistos, las tentativas y el ejercicio del dominio abarcan desde los territorios concretos hasta la espiritualidad de los individuos. Ante ese panorama de agresividad, enfrentamientos armados, escaladas de violencia, despojos, desigualdades cada vez más profundas, urge cimentar en nuestros pueblos la cultura de paz y el espíritu descolonizador.

En esa labor de mejoramiento humano, de afianzamiento de los pilares del amor y la unidad, en aras de robustecer la identidad cultural y la autoestima de naciones y seres humanos, el pensamiento de José Martí es de una valía indiscutible.

El lector no familiarizado con el legado del prócer, puede objetar estas afirmaciones iniciales acudiendo al hecho de que Martí fue el organizador de la última guerra de independencia contra España. Sin embargo, su manera de concebirla dista mucho de lo convencional, pues en su opinión debía ser amorosa y breve.

Además, era para él una angustia suprema el hecho de que llevaba en sí la responsabilidad de esa contienda bélica, que era necesaria e irremediable. Eso no le impedía advertir el enorme sufrimiento que causaría, sobre todo por las vidas jóvenes que costaría esa libertad imprescindible y añorada. Resulta estremecedor este testimonio de Blanche Z. de Baralt:

En los meses que precedieron a la guerra del 95, cuando Martí era perseguido por el espionaje español, cambiaba de residencia a menudo para despistar a los agentes que lo buscaban. Venía a veces a pedirnos albergue, sabiendo que nuestra casa era la suya; y cuenta mi marido que una noche en que Martí durmió en su cuarto con él, lo despertaron unos suspiros profundos y unos quejidos lastimeros. “¿Qué tiene Martí?”, le preguntó Luis alarmado; abriendo los ojos exclamó: “¡Ay, las madres, las madres, cuánta sangre y cuántas lágrimas van a correr en esta revolución a que voy a lanzar a mi país!”

Sentía el peso de la tempestad que iba a desencadenar y su alma sensible se condolía de los sufrimientos inherentes a la redención.”¹

Aunque la libertad como bien mayor cuesta un sacrificio enorme, es indispensable para la garantía de la paz de las naciones, y eso Martí lo entendió como nadie. Involucra, ciertamente, a cada individuo, porque la primera expresión deseable de la libertad y de la propia paz es la de la familia, esa que Cintio Vitier definió, con toda razón, como camino hacia la patria.

Desde muy temprano entendió Martí, también, que la libertad del individuo y de las naciones estaba estrechamente ligada a la cultura y a la capacidad creativa. Para él la imitación de los modelos foráneos, por tentadores que fuesen, nunca fue una opción, y es un criterio que lo acompañó desde su primera juventud hasta un texto de madurez y síntesis, como el ensayo “Nuestra América”.² En un artículo temprano, “Maestros ambulantes”, que es considerado como una piedra angular de su pensamiento ético y pedagógico, se refiere así a este asunto: “Ser bueno es el único modo de ser dichoso. Ser culto es el único modo de ser libre. Pero, en lo común de la naturaleza humana, se necesita ser próspero para ser bueno.”³

Esta frase ha sido manipulada, recortada, descontextualizada, pero es conveniente verla en toda su magnitud. Esas verdades esenciales que caben en el ala de un colibrí,⁴ para seguir poniendo en solfa a este mismo texto, aluden a cuestiones

¹ Blanche Zacharie de Baralt. “Martí, caballero”. En: Carmen Suárez León: *Yo conocí a Martí*. Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2018, p. 186.

² PONER nota relacionando nuestra América con el apunte del cuaderno no. 1.

³ JM: OC, t. 8, p. 289.

⁴

medulares, como la necesidad de alfabetizar y, por extensión, garantizar el acceso y la participación cultural y ciudadana a toda la población de nuestros países, de manera que se echaran por tierra las ataduras mentales que dejó tras de sí la colonia. Implicaba también el fortalecimiento espiritual, de modo tal que se le diera a lo material la importancia real, de sostén de la vida, y no la prioridad que ha llegado a tener en nuestros días a merced de los dictados del mercado.

La batalla más ardua no era la que cortó el vínculo político y económico con la antigua metrópoli, ya derrotada a costa de grandes sacrificios. La independencia verdadera, profunda, no se había conseguido totalmente en tiempos de Martí, pues como bien declaró en Nuestra América, la colonia había continuado viviendo en la república: ésta debía luchar contra aquella y vencerla.⁵

El espíritu de todo un continente, situado al sur del río Bravo, debía levantarse contra nuevas formas de dominación, que ya se avizoraban en el horizonte, y que el cubano veía alarmado y decidido a prevenir. Dos años antes, en una de sus crónicas sobre la Conferencia panamericana o Congreso de Washington, como también se le conoce, escribió, luego de un párrafo formidable, en el que sintetizaba las verdaderas esencias del cónclave, que había llegado para la América Española la hora de proclamar su segunda independencia.⁶

No se trataba solo de eludir con sabiduría, cautela y firmeza los tratados comerciales leoninos con que se pretendía atar a nuestros pueblos al nuevo amo disimulado, so capa de colaboración desinteresada. Había que prever, al mismo tiempo, con preparación oportuna e inteligente, otros peligros de igual magnitud, como el deslumbramiento ante la prosperidad y la democracia representativa norteamericanas, por ejemplo. Ese mismo deslumbramiento era —y es— el conducente a otras actitudes perniciosas, como el menosprecio de lo propio cuando se le compara con lo foráneo. Ese fatalismo es el denominador común de las actitudes lacayunas, de la imitación servil, de la ausencia de creatividad y de confianza en las propias fuerzas. Ellas son las vías iniciales para llegar a la colonización mental, y a posteriori, al anexionismo más ortodoxo. Con esas condiciones y actitudes, se le está abriendo la puerta al

⁵ Véase JM: Nuestra América, OC, t. 6, p. 19.

⁶ Véase JM: Congreso Internacional de Washington. Su historia, sus elementos y sus tendencias. OC, t. 6, p.46.

colonizador, que no vacilará en someter por la fuerza si es preciso, después de haber penetrado en la casa bajo engaño y seducción.

¿Y qué país puede gozar de libertad y paz colonizado por otro? ¿De qué manera se enfrenta la guerra cultural, y se preserva la soberanía? Tal parece que las obras martianas a partir de 1889, sea cual sea su naturaleza, responden a esas interrogantes.

De ese mismo año es su artículo “Un paseo por la tierra de los anamitas”, publicado en *La Edad de Oro*. Es notable este texto por muchas razones, la primera de ellas tal vez sea la de la mirada desprejuiciada y alejada de todo racismo o folklorismo sobre un territorio del que se tenía poca información y la que hubiese, casi siempre estaba tamizada por una perspectiva distorsionada o exótica.

El cubano, en cambio, ofrece un retrato totalmente diferente. Es interesante observar la generalización de contenido ético, en la que da por sentadas y consolidadas realidades que lamentablemente no se corresponden con lo deseado:

Y así son los hombres, que cada uno cree que sólo lo que él piensa y ve es la verdad, y dice en verso y en prosa que no se debe creer sino lo que él cree [...] cuando lo que se ha de hacer es estudiar con cariño lo que los hombres han pensado y hecho, y eso da un gusto grande, que es ver que todos los hombres tienen las mismas penas, y la historia igual, y el mismo amor, y que el mundo es un templo hermoso, donde caben en paz los hombres todos de la tierra, porque todos han querido conocer la verdad, y han escrito en sus libros que es útil ser bueno, y han padecido y peleado por ser libres, libres en su tierra, libres en el pensamiento.⁷

Concebir al planeta como ese lugar ideal, feliz, de paz perdurable, enrumba el sentido del texto por caminos muy diversos a lo que está sucediendo efectivamente en esa época y aún en la nuestra. Es como si desde la palabra se pretendiera cimentar los presupuestos teóricos de una realidad distante, pero posible,⁸ en la que las

⁷ José Martí. “Un paseo por la tierra de los anamitas”, *La Edad de Oro*, OC, t. 18, p. 460.

⁸ Este modo de decir está conectado con o que Ivan A. Schulman ha denominado *discurso del deseo*, en tanto avizoramiento y planteo de un proyecto de futuro realmente practicable, pero aún distante para las jóvenes repúblicas americanas. Aunque el tema aquí es otro, los mecanismos compositivos son los mismos. Véase Ivan A. Schulman: “Textualizaciones sociales y culturales del proyecto moderno

diferencias se resuelvan de modo amigable, buscando los puntos comunes de diálogo y respeto, y no las divergencias inconciliables.

Este texto tiene un vínculo directo con “Vindicación de Cuba”, publicado unos meses antes, y en el que también arremete contra las miradas racistas y despreciativas sobre los cubanos y por extensión contra los pueblos de Nuestra América. Como puede verse, el respeto de Martí por la dignidad del ser humano es universal, nunca es restrictivo a la tierra que lo vio nacer. Cuando comenta el estado de servidumbre y sometimiento en que vivían entonces muchos anamitas respecto a sus amos franceses, destaca otras facetas admirables de su cultura, como el primor artístico, que produce verdaderas obras maestras en arquitectura y artes decorativas:

¿Y ese pueblo de hombres trotones es el que levantó las pagodas de tres pisos, con lagos en los patios, y casas para cada dios, y calles de estatuas; el que fabricó leones de porcelana y gigantes de bronce; el que tejió la seda con tanto color que centellea al sol, como una capa de brillantes? -A eso llegan los pueblos que se cansan de defenderse: a halar como las bestias del carro de sus amos: y el amo va en el carro, colorado y gordo. Los anamitas están ahora cansados. A los pueblos pequeños les cuesta mucho trabajo vivir. El pueblo anamita se ha estado siempre defendiendo. Los vecinos fuertes, el chino y el siamés, lo han querido conquistar. Para defenderse del siamés, entró en amistades con el chino, que le dijo muchos amores, y lo recibió con procesiones y fuegos y fiestas en los ríos, y le llamó “querido hermano”. Pero luego que entró en la tierra de Anam, lo quiso mandar como dueño, hace como dos mil años: ¡y dos mil años hace que los anamitas se están defendiendo de los chinos!⁹

En el párrafo citado retoma de manera especular la misma contrariedad que afectaría a los pueblos latinoamericanos si se cansaran de pelear y de resistir, si confiaran ingenuamente en el vecino poderoso o si consintieran en aliarse peligrosamente con él. Esas “amistades” pueden parecer favorables coyunturalmente, pero el

martiano: las crónicas norteamericanas”, en José Martí: *En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892. Edición Crítica*, pp. 1884-1885. Coordinación de Roberto Fernández Retamar y Pedro Pablo Rodríguez, Colección Archivos-Casa de las Américas, 2003.

⁹ *Ibíd.*, p. 462.

verdadero propósito es el sometimiento, el control político y el saqueo económico, pues están asentadas, no en el respeto mutuo, sino en un profundo desprecio del fuerte hacia el débil.

Otra gran preocupación suya, la del destino de los pueblos pequeños y poco desarrollados económicamente, se manifiesta en este texto. Fiel a su método de estudiar las cosas desde los mismos orígenes, explica históricamente la dificultad que tienen los pueblos pequeños para defenderse y subsistir. Es el mismo argumento que empleará dos meses después, a finales de ese año, en el discurso pronunciado en la Sociedad Literaria Hispanoamericana, el 19 de diciembre de 1889, conocido como “Madre América”, en el homenaje que se le rindió allí a los delegados de nuestros países a la Conferencia Panamericana. Emplea aquí el recurso de la argumentación en paralelo para combatir el deslumbramiento de los que ven en el Norte la tierra de promisión, y se sienten como inferiores por ser originarios de la América hispana. Con ello devela la diferencia de orígenes histórico-culturales de ambas regiones, lo cual explica por sí sola el desarrollo desigual y desmiente la supuesta inferioridad étnica. La prosa, a la vez lúcida y desbordante de imágenes de este discurso, puede sintetizarse en esta frase: “Del arado nació la América del Norte, y la Española del perro de presa”.¹⁰

Pero a los pueblos pequeños volverá otra vez, pues le preocupa tremendamente su destino. En 1891, cuando la Conferencia Monetaria, en la que participa como delegado por Uruguay, vuelve sobre el tema. Del artículo que escribió entonces para *La Nación*, de Buenos Aires, son estas ideas:

Si dos naciones no tienen intereses comunes, no pueden juntarse. Si se juntan, chocan. *Los pueblos menores*, que están aún en los vuelcos de la gestación, no pueden unirse sin peligro con los que buscan un remedio al exceso de productos de una población compacta y agresiva, y un desagüe a sus turbas inquietas, en la unión con los pueblos menores. [...] Cuando un pueblo es invitado a unión por otro, podrá hacerlo con prisa el estadista ignorante y deslumbrado, podrá celebrarlo sin juicio la juventud prendada de las bellas ideas, podrá recibirlo como una merced el político venal o demente, y glorificarlo con palabras serviles; pero el que siente en su corazón la angustia

¹⁰ OC, t. 6 p. 130.

de la patria, el que vigila y prevé, ha de inquirir y ha de decir qué elementos componen el carácter del pueblo que convida y el del convidado [...]Y el que resuelva sin investigar, o desee la unión sin conocer, o la recomiende por mera frase y deslumbramiento, o la defienda por la poquedad del alma aldeana, hará mal a América.¹¹

Este es un problema no superado hoy, a más de un siglo de escritas las palabras anteriores. Continúan las argucias, engaños y es cada vez más frecuente la agresión directa cuando las artimañas no dan el resultado apetecido.

Pero volvamos una vez más a “Un paseo por la tierra de los anamitas”, que aún tiene mucho que revelarnos. Luego de contar con artes del gran narrador que siempre fue la historia de Buda y de dar su personal visión de las religiones, escribe:

Esas son cosas que los hombres sueñan, y llaman demonios a los consejos malos que vienen del lado feo del corazón; sólo que como el hombre se ve con cuerpo y nombre, pone nombre y cuerpo, como si fuesen personas, a todos los poderes y fuerzas que imagina: ¡y ése es poder de veras, el que viene de lo feo del corazón, y dice al hombre que viva para sus gustos más que para sus deberes, cuando la verdad es que no hay gusto mayor, no hay delicia más grande, que la vida de un hombre que cumple con su deber, que está lleno alrededor de espinas!: ¿pero qué es más bello, ni da más aromas que una rosa?¹²

La valoración de contenido ético, siempre aparejada a lo estético en la obra martiana, remata el sentido didáctico de su análisis sobre el surgimiento de las religiones, concretada aquí en su comentario sobre el budismo. El cumplimiento del deber es la enseñanza mayor para el futuro que desea dejar en sus jóvenes lectores -y también por extensión, en sus padres y maestros-, esos que están llamados a regir el destino de un continente que debe abrir el siglo XX, según su aspiración, bajo el signo de la mayor justicia, -toda la justicia, como diría en otro momento-, de la soberanía de nuestros países, y de una paz duradera que garantizara la prosperidad y el desarrollo en todos los órdenes.

¹¹ JM: “La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América”. *La Revista Ilustrada de Nueva York*, mayo de 1891. OC, t. 6, p. 158.

¹² *Ibíd.*, p. 466.

Otro de los puntos nodales de su mirada a los anamitas lo constituye su visión sobre la importancia de la historia para el destino de los pueblos y cómo crece la fe religiosa en los momentos de crisis y tristeza, cuando el pesimismo se enseñorea de los sentimientos, y el hombre halla en la fe consuelo y refugio. Veamos:

Miles de años han pasado, y hay miles de pagodas. Allí van los anamitas tristes, que ya no encuentran en la tierra ayuda, y la van a pedir a lo desconocido del cielo. // Y al teatro van para que no se les acabe la fuerza del corazón. ¡En el teatro no hay franceses! En el teatro les cuentan los cómicos las historias de cuando Anam era país grande, y de tanta riqueza que los vecinos lo querían conquistar [...]¹³

La historia, la libertad y el reconocimiento de las glorias pasadas, son un antídoto ante el pesimismo. Exaltar esos valores estimula el patriotismo, el respeto de los ciudadanos a sí mismos, la confianza en las capacidades personales y colectivas. Martí sabía muy bien cómo, desde los resortes afectivos, tocar las fibras más sensibles del ser humano en cuanto al amor a la patria, y a la dignidad del ser humano, y este texto es un excelente ejemplo.

Pero no es este el único momento en que toca asuntos tales en *La Edad de Oro*. En esa crónica deslumbrante que es “La Exposición de París”, publicada en el número anterior, de septiembre de 1889, muestra de igual manera las posibilidades de intercambio pacífico entre todos los pueblos del mundo, reunidos en el cónclave:

¡El mundo entero va ahora como moviéndose en la mar, con todos los pueblos humanos a bordo, y del barco del mundo, la torre es el mástil! Los vientos se echan sobre la torre, como para derribar a la que los desafía, y huyen por el espacio azul, vencidos y despedazados [...]¹⁴

No se trata de una mirada ingenua, de un optimismo cándido, al acontecer de aquellos días. El cronista deja claro desde los inicios mismos de este texto que la exposición tiene lugar para conmemorar el centenario de la Revolución francesa. La misma significó un baño de sangre tremendo en muy poco tiempo, y con frecuencia se suele hablar de ella con horror. Pero esa violencia en un período breve nunca fue

¹³ *Ibíd.*, p. 470.

¹⁴ JM: La exposición de París. En *La Edad de Oro*, OC, t. 18, p. 414.

mayor ni más dañina que el horrible y despiadado régimen de servidumbre que las monarquías impusieron al mundo.

Para Martí la Revolución francesa tuvo una enorme importancia: “Fue como si se acabase un mundo, y empezara otro.”¹⁵ Por eso merecía ser festejada de esa manera en su primer centenario, y su mirada esperanzada a la reunión mundial en la magnificencia de la exposición se justifica, porque luego de sintetizar en dos párrafos magistrales los aciertos y errores y más de cincuenta años de la historia de Francia, concluye: “Ni en Francia, ni en ningún otro país han vuelto los hombres a ser tan esclavos como antes.”¹⁶

Toca a los pueblos de Nuestra América buscar formas viables de protección de la memoria histórica y de las identidades nacionales. Hay que plantearse seriamente estrategias de renovación de la enseñanza de nuestra Historia y Literatura con vocación universal, pero desde nuestras propias verdades, adecuadas a las inquietudes y hábitos actuales de los niños y jóvenes, en los cuales es preciso considerar el impacto de las nuevas tecnologías de la información; el cuestionamiento y la búsqueda de soluciones desde las diferentes disciplinas de las ciencias sociales para definir qué podemos aportar desde Nuestra América a la construcción de un mundo mejor, más justo y equitativo, donde la violencia deje de ser el camino más corto para llegar a determinados destinos, en la misma medida en que sean erradicadas las desigualdades y agresiones foráneas.

También es necesario incidir positivamente en los mecanismos de promoción de la vida y la obra de José Martí. Hagámoslo desde los sentimientos, desde la razón, con argumentos y emoción. No nos conformemos con leerlo: se trata de imitarlo. Seamos más coherentes entre prédica y acción, más respetuosos del *otro*, más dados a servir que a ser servidos, más cumplidores de nuestros deberes que celosos de nuestros derechos, sin que eso signifique ignorarlos.

Sólo así podremos hacer nuestra aquella temprana convicción martiana, escrita a finales de 1877 o principios de 1878, desde Guatemala, cuando ideaba un órgano de prensa que no pasó del prospecto y un par de artículos, su *Revista Gatemalteca*, pero

¹⁵ OC, t. 18, p. 407.

¹⁶ OC, t. 18, p. 408.

que ya demostraba la magnitud del proyecto martiano, centrado en fundar, emancipar y universalizar a América, todo ello a partir de la construcción consciente de la paz:

“[...] los libros sirven para cerrar las heridas que las armas abren [...]”¹⁷

Pero más estremecedor aún, por la cercanía de la guerra y de su propia muerte es este otro aserto suyo, escrito en carta a su entrañable José Dolores Poyo desde tierras dominicanas: “Nos llegará algún día de paz, de paz pobre y erguida.”¹⁸ Ese será el momento glorioso en que pueda expresarle al amigo su orgullo de él, en que esté en calma total consigo mismo, satisfecho del deber cumplido, porque ha estado preparando minuciosamente una guerra de liberación para su patria, de la que espera eso: paz. Paz pobre y erguida. ¡Qué dos adjetivos para dar lustre y sentido nuevo a un sustantivo de apenas tres letras, grande en sí mismo, sin el cual la vida del hombre no vale nada!

Y será el mismo que emplee, cerca de Guantánamo, el 28 de abril de 1895, cuando le narre a Carmen Miyares, en la soledad de la noche, el acontecer en el campamento mambí: “Me siento puro y leve, y siento en mí algo como la paz de un niño.”¹⁹

Esa lección de coherencia absoluta entre pensamiento y acción, entre el decir y el hacer, nos debe servir de ejemplo hoy para continuar en el camino de la descolonización cultural y la cimentación de una cultura de paz. Dar continuidad a ese legado no es solo un deber que dicta la gratitud: es tener conciencia de que contribuiremos, desde nuestra humilde condición de ciudadanos responsables, a salvar a la humanidad, y a la patria, pues “Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca, y en que nos tocó nacer [...]”²⁰

¹⁷ OC, t. 15, p. 190. OCEC, t. 5, p. 295.

¹⁸ Carta a José Dolores Poyo. Santiago de los Caballeros, 19 de febrero de 1895. OC, t. 4, p. 66.

¹⁹ Carta a Carmen Miyares de Mantilla, OC, t. 20, p. 228.

²⁰ JM: “La Revista Literaria dominicense”. OC, t. 5, p. 468.